

PRIMERA PARTE

NUESTRA HISTORIA

En el coche solamente iban Genaro e Isa. Genaro era quien conducía. A la pequeña Claudia la dejaron en casa de los abuelos para así poder moverse de manera más despreocupada, con más soltura. Querían tomar un primer contacto con el pueblo, hacía muchos años que no lo visitaban, tantos que apenas lo recordaban. Probablemente a la Alhaja no irían desde que eran unos niños y sus padres los llevaban para la Romería del Santo Niño. Era tradicional ir a La Alhaja el primer sábado de septiembre, asistir a la Misa en la puerta de la Ermita y luego celebrar una comida campestre de hermandad, acompañados de los amigos y de la familia. La romería era una fiesta de compartir. Ambos recordaban haber ido a dicha romería de maneras muy diferentes. Para Isa era casi como un sueño vago, las imágenes se le habían diluido como se diluye el colorante en el agua que va corriendo. Genaro tenía una percepción más clara, aunque remota, de la fuente, del río, de los paseos en burros de alquiler, de las fogatas donde se cocinaban los arroces, de las tortillas de patatas y de la carne empanada, su comida favorita; de sus hermanos y sus primos correteando por los campos, de los churretes en la cara y en las manos y de la vuelta a casa cansados, rendidos, con los coches decorados con ramas de helechos que evidenciaban su asistencia a la celebración.

Genaro e Isa volvían a La Alhaja después de muchos años, llenos de ilusiones y de proyectos, deseosos de establecerse en su nuevo hogar para empezar a poner esos proyectos en marcha, por eso querían buscar el cuartel, ver en las condiciones en que se hallaba y conocer a quienes serían sus nuevos compañeros y sus vecinos. Les habían adjudicado un piso y tenían la intención de aprovechar las vacaciones para pintarlo y organizar la mudanza. Aunque el grueso de muebles tendrían que comprarlo, pues en los destinos anteriores siempre se sintieron provisionales y se conformaron con lo imprescindible para vivir con cierta dignidad, ya que en sus mentes estaba continuamente presente retornar cuanto antes lo más próximo al punto de partida, al sur, cerca de la familia. Esa era la razón de que no poseyeran nada por lo que mereciera la pena pagar un camión de mudanzas, aún así, al final se acumulaban más bultos para mover de los que habrían deseado. Pese a todo y por más que intentes evitarlo, las casas se van llenando de cosas y se van convirtiendo en pequeñas junglas de objetos prescindibles. Tanto las mudanzas como las limpiezas primaverales tienen la ventaja de hacer sacar la hipotética guadaña o las bolsas de basura tamaño jardín para eliminar cuanto estorba y dejarnos limpio los caminos o los armarios. 1.000 kilómetros eran muchos kilómetros, demasiados, tal vez, para cargar con objetos innecesarios, por lo que Isa y Genaro redujeron al mínimo sus pertenencias. Buscaron cajas de cartón en los comercios y guardaron todo lo que para ellos tenía algún valor. Embalaron cuidadosamente y etiquetaron con esplendidez, casi como un inventario, anotando cada uno de los objetos guardados a fin de no marearse a la hora de buscar. Harían un primer viaje aprovechando las vacaciones, viaje que podrían haber evitado si hubiesen conocido el nuevo destino antes de solicitarlas.

Una mudanza, como quiera que se hiciera, suponía un gasto considerable que hacía tambalear la economía de cualquier sueldo modesto.

Ni Isa ni Claudia regresarían a su antiguo domicilio, solamente volvería Genaro, que completaría los dos meses que le quedaban antes de tomar posesión de su nuevo destino.

Isa estaba justo en la mitad del embarazo, el tiempo apremiaba, por eso decidió quedarse. Con la ayuda familiar conseguiría acelerar todo el proceso de limpieza y organización.

Pese a que la primavera no había hecho más que empezar, la mañana estaba templada, cubierta por una niebla que velaba el paisaje de manera intermitente. Isa y Genaro apenas hablaban, el silencio los unía pues los pensamientos de ambos se proyectaban a un mismo punto, a la ilusión de volver a su tierra, de acercarse a la familia y de alejarse por fin del miedo cotidiano que se les había metido en las venas desde el momento que llegaron a aquel destino.

—Hay mucha gente buena, la mayoría, sólo que los otros pesan demasiado —le dijeron al llegar, y acertaron.

El coche rodaba lentamente mientras la niebla se iba despejando. Todo les parecía nuevo, desconocían esa carretera de reciente construcción y las rotondas y el paisaje, bueno, tal vez el paisaje no hubiera cambiado tanto, pero no estaba así en su memoria. La Alhaja que ellos recordaban se encontraba en los alrededores de la Ermita, en las afueras, por la zona de los pinares, donde se celebraba la romería, donde quedaba un trocito de su niñez.

Estaban atentos a la salida de la autovía, iban despacio, pendientes a la señalización, temerosos que esa niebla intermitente les ocultase el cartel que les indicaría por dónde debían desviarse. Las carreteras habían cambiado, estaban bien señalizadas pero al menor despiste era necesario recorrer varios kilómetros antes de encontrar un cambio de sentido.

El escaso movimiento de personas que había en La Alhaja se concentraba en dos puntos muy concretos, uno era la placita situada a la entrada del pueblo, en cuyo margen izquierdo se encontraban las paradas de autobuses y de taxis y en el derecho un bar que en los últimos años había pasado de ser una típica taberna, pequeña, recogida, oscura y acogedora, a ser un mamotreto pretencioso con una decoración exuberante y carente de gusto y personalidad que lo único que demostraba era la bonanza económica por la que pasaban sus dueños y cuyo nombre, "Bar La Parada vinos y licores", según rezaba en el rótulo, indicaba la falta de imaginación de sus regentes. En el bar se reunían los tratantes de ganado y de fincas para hacer sus negocios, allí se tomaban el carajillo los agricultores antes de incorporarse a su faena y era donde los viajeros paraban a estirar las piernas y refrescarse la cara antes de tomar esa bebida que les hacía recuperar las energías para continuar su ruta y, últimamente, el bar había aumentado sus prestaciones dedicando un gran salón a servir comidas y a celebraciones, por eso había aumentado también el rótulo que ocupaba la parte superior de la fachada de esquina a esquina y pasó a ser "Bar Restaurante La Parada celebraciones". Adosadas al mismo había dos amplios habitáculos, uno servía como quiosco de prensa y objetos de regalo, y otro para venta de vinos y chacinas traídas de la serranía.

Desde la placita se podían tomar dos direcciones, una de ellas hacia una calle ancha sombreada por unos grandes álamos que rodeaba el pueblo, la antigua carretera general, con aceras amplias sembradas de bancos de madera y que semejaba un balcón que se asomaba a las huertas y al río; y la otra, casi formando un ángulo recto, ascendía en suave pendiente, curvándose a veces como el tronco de una margarita abrumado por el peso de la flor, hasta el centro del pueblo, La Plaza Alta.

Era La Plaza Alta, un hermoso espacio porticado situado en el mismísimo corazón del pueblo, donde estaban ubicados los servicios municipales como el Ayuntamiento, Retén y el Mercado además de La Parroquia y donde se hallaban a su vez algunos de los edificios más emblemáticos de cuyas fachadas de piedras tan orgullosos se sentían los lugareños. Desde la Plaza Alta salían ocho calles que dividían la localidad en porciones como si fuese una tarta, o en pétalos como si fuese una flor y es que, según la letra de una coplilla popular, el pueblo era considerado una margarita cuyo botón central era oscuro por el color de la piedra y los pétalos blancos lo formaban las casas encaladas hasta el suelo.

Tiene La Alhaja la forma
igual que una margarita,
lo de adentro es más oscuro
y por afuera es blanquita.

Isa apenas tuvo tiempo para extrañar a Genaro, poner a punto el caos en el que estaba el piso con cajas por todas partes, la elección de algunos muebles, las compras y la niña la mantenían ocupada, al día le faltaban horas. A Genaro, sin embargo, los días que le quedaban para marcharse junto a su familia se le hacían eternos. La casa casi vacía y la ausencia de su mujer y de su hija, hacían que aquel lugar donde seguía habitando hubiera dejado de ser un hogar.

Por su parte, Claudia, con sus cuatro años llenos de curiosidad, todo lo miraba con ojos admirados, cada objeto que salía de una caja era motivo de júbilo, las sábanas, su almohada, el vaso de plástico con los personajes de cuentos dibujados, las botas de agua..., todo la entusiasmaba. Claudia, cuando no estaba en casa de algún familiar jugando con los primos o haciendo las delicias de los abuelos, acompañaba a

su madre , se sentaba en el suelo junto a Isa cada vez que ésta abría una caja o bien correteaba por el piso casi vacío escuchando el eco de su voz al chocar con unas paredes sin obstáculos, y cada noche contaba sus descubrimientos por teléfono a su padre, con su vocecilla dulce como el caramelo de vainilla y luego se despedía colmando de besos el teléfono y pidiendo a su padre que volviera pronto.

Con los ojos de mamá – la llegada

– Cuéntamelo otra vez mamá – pidió la Nena de manera insistente.

A la Nena le gustaba por encima de cualquier otra cosa que su madre le contase historias, se sentaba a su lado en el sofá y se ponía melosa esperando que las manos de su madre se pasasen por sus brazos y por su cabeza y por sus hombros y que la apretase a veces, mientras otras, esas mismas manos se balanceaban en el aire modelando suavemente un sentimiento o un paisaje como hace el director de orquesta ante una de sus piezas preferidas. Claudia aprovechaba la situación para dejar lo que tuviera entre manos, se acurrucaba al otro lado de Isa y se disponía a escuchar y a sentir las mismas sensaciones.

Isa, con infinita paciencia, comenzaba a narrarles aquella llegada como si fuera un cuento, un fantástico cuento que acabara de imaginar.

– Todo se ve mejor con los ojos cerrados – decía a sus hijas – . Eso es, así. Veréis, todo sucedía en una preciosa mañana de primavera de hace ya algunos años...

– Tantos años como tengo yo ¿verdad mamá?

– Bueno, tantos como tienes tú y un poquito más, apenas unos meses. Mañanitas de niebla tardes de paseo, le comenté a papá. ¿Qué?, me preguntó él que en aquellos momentos

andaba despistadillo y tenía el pensamiento puesto en otro asunto.

>—Que mañanitas de niebla, tardes de paseo, o lo que es lo mismo, que cuando levante la niebla va a quedar un día precioso.

>Papá asintió con la cabeza y bajó el volumen de la radio del coche hasta dejarla casi en un susurro.

>—La neblina es muy incómoda para conducir, es una suerte que no sea muy continua ni muy espesa, pero es incómoda, limita mucho. No hay nada peor para conducir que la niebla — me comentó papá.

>Ciertamente no era una niebla densa, más bien una neblina como si unos tenues visillos dejasen adivinar lo que había más allá. A tramos, aparecían pequeños jirones de nubes opacas y espesas como trozos de algodón, que se habían quedado despistadas en el cielo a la espera de una ráfaga de aire que se las llevara a pasear o de que el calor del sol las deshiciera>> y las manos de Isa se unían y se alejaban desbaratando dulcemente con sus dedos esos jirones de nubes.

>—Ya estamos llegando, a ver qué nos encontramos — dije un poco preocupada por todo lo que dejaba atrás.

>—¿Qué nos vamos a encontrar? — repitió papá—. Más o menos lo mismo que hemos dejado, un piso parecido, unos vecinos parecidos y unos compañeros también parecidos, ya te digo, lo mismo sólo que cerca de los nuestros, eso es lo que ambos deseábamos ¿o no?

>—Por supuesto, acercarnos a la familia era lo que ambos queríamos pero era inevitable tener ese pellizquito en la boca del estómago, ese miedo a lo nuevo. No es siempre mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, es que, cuando te trasladadas a otro lugar dejas atrás amigos, dejas buenos ratos, montones de anécdotas y dejas, en definitiva, parte de tu vida.

>— En el rincón de los enamorados — me aclaró papá.

>— ¿Dónde dices? — pregunté yo con cara de sorpresa pues en aquel momento no sabía a qué se refería.

— Aquí, está mamá — dijeron las niñas casi al unísono tocándose cada una de ellas con una mano un punto en la mitad del tórax, mientras con la otra señalaban el mismo punto en su madre.

— Eso es, más o menos queda por ahí el rincón de los enamorados — afirmó Isa.

>— Sí, me contestó papá, he oído en alguna parte que a ese sitio donde se produce el pellizco está en este lugar. Y tú no tienes de qué preocuparte, dentro de muy poco tiempo habrás hecho un montón de amigas — me dijo muy convencido, dándome unas palmaditas tranquilizadoras en la pierna.

>Yo lo miré y le sonreí, reconozco que estábamos ilusionados. Probablemente tengas razón, le contesté dedicándole una sonrisa.

>De nuevo enmudecimos, dejamos que la música siguiese llenando el aire que circulaba por el interior del coche. Mientras tanto nosotros callábamos, era el nuestro un silencio lleno de fantasías donde los proyectos cobraban vida y, al igual que la música, llenaban el aire que circulaba por el interior del vehículo. Continuó el ronroneo del auto, el susurro de la radio y la niebla, a ratos suave, casi imperceptible y a ratos, complicada y densa.

Isa había contado mil veces a sus hijas cómo fue su llegada al pueblo y cómo encontraron el cuartel. Hablaba despacio, cerraba los ojos y comenzaba a hablar como para sí misma, recreándose en las palabras y jugando con los silencios, modulando las frases, haciendo que cada una cobrase vida y siempre se acompañaba por los movimientos ondulados de sus manos. Las niñas oían embelesadas cada relato de su madre. Y es que Isa tenía aptitudes para la narración, se le

daba bien la oratoria, sabía transmitir, emocionar con palabras sencillas, ya se lo decía cuando estudiaba bachiller su profesora de lengua.

— Isabel, ese podría ser tu camino si te decides a perder la timidez —la animaba continuamente, pero Isa nunca se lo tomó muy en serio. Ni acabó el bachiller ni mucho menos se dedicó a coquetear con las palabras, aunque la necesidad le hizo perder la timidez, al menos con sus hijas.

> — El pueblo apareció a lo lejos tendido sobre una loma —continuaba mientras con sus manos daba forma el espacio— surgiendo de entre las hilachas de nubes. Blanquecino y misterioso, como si emergiese en mitad de un sueño y estuviese a punto de desbaratarse. Esquivo, opaco, desdibujado. Envuelto en papel cebolla.

> — ¡Et voila! —exclamó papá con gesto alegre cuando vimos un gran letrero en el que se anunciaba nuestro destino: La Alhaja.

> — Sí señor, ahí está —corroboré.

> En la siguiente desviación torcimos a la izquierda. Dejamos la autovía y continuamos por una carretera secundaria flanqueada de naranjos. Por la derecha esos mismos naranjos seguían el capricho de la naturaleza y ascendían y, se ocultaban detrás de las suaves y redondas lomas y volvían a aparecer erguidos, verdes, brillantes y lustrosos mientras que por la izquierda se deslizaban hasta casi dejar arañar sus raíces en las orillas del río.

> Era primavera, mientras algunos árboles se adornaban con el color llamativo de su fruta temprana, otros seguían luciendo el fruto aún verde, incluso la flor. Y el olor del azahar junto con el del espliego, el del romero, el del poleo y el del tomillo se colaban por las rendijas abiertas de las ventanillas del coche. Los olores, ¡cuántas cosas nos transmiten los olores!

>— ¡Qué bonito es todo! —exclamé entusiasmada—, no lo recordaba así, bueno no lo recordaba de ninguna manera. Sabía que de pequeña había venido mucha veces con mis padres, ¡válgame el cielo no sé cuántos años haría de eso!

—Mamá, ¿sabes qué nos estás contando? —le preguntó un día Claudia.

—Claro —le contestó convencida— nuestra llegada a La Alhaja ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que no sé cómo haces para que algo tan sencillo suene tan bonito.

—Gracias, cielo, pero es bien fácil, sólo me dejo llevar por los recuerdos y por las emociones que las cosas me producen y luego os cuento lo que sentía en esos momentos. Es lo mismo que harás tu algún día. Yo atrapo los momentos con palabras y tú los atraparás con el objetivo de tu cámara de fotos.

Lo que más les gustaba de las narraciones de su madre eran los detalles, la minuciosidad de los detalles que parecían llenar y hasta desbordar el espléndido saco de los recuerdos.

La Nena en realidad se llamaba Marta. La madrugada que nació Marta, una magnífica luna, brillante y amarilla como una fresca tajada de melón sonreía en un cielo azul, casi negro, de donde empezaban a desaparecer las estrellas y destacaba, soberbio, un lucero, Venus, casi un lunar, una lentejuela plateada en la faz morena y lisa del firmamento.

Fue a las pocas semanas de que Isa, Genaro y Claudia se instalaran en aquel piso que aún olía a obra nueva, cuando nació la pequeña Marta, casi un mes antes de cumplir la fecha que tenía prevista por su madre y el ginecólogo y antes también de que sus padres hubieran acabado la mudanza.

— Tenías tanta prisa para que te conociéramos que no esperaste a que desembalara las cajas —y Marta reía a las palabras de su madre—, fuiste la primera en nacer en esta comunidad. No te tocaba ser la primera, te saltaste el turno porque había otra mamá que esperaba a su bebé antes que yo.

— ¿Y esa mamá había desembalado las cajas?

— Pues claro que sí. Esa mamá hacía mucho que había desembalado y lo tenía todo preparado pero a ti te entraron las prisas por nacer y naciste. Toc, toc, toc, llamaste a mi barrigota, mamá, venga, avisa a papá y dile que te lleve al hospital que tengo muchas ganas de nacer para conoceros, que aquí dentro estoy muy aburrída. Quiero ver a mi hermanita Claudia que llega a tu ombligo y siempre me da besitos —poniendo voz aflautada—, y claro, insististe tanto que nos fuimos al hospital y naciste.

Marta, embelesada, se imaginaba la escena y Claudia, orgullosa de ser la hermana mayor, frotaba su carita contra el pecho de su madre mientras escuchaba la historia, siempre nueva aunque mil veces repetida.

La pequeña Marta sólo se llamó así hasta que Claudia la rebautizó como “La Nena” y ya nadie dentro de aquella comunidad la denominó de otra manera.

— ¿Dónde dice que va mi hermana? — insistió Marta.

— Nena, por Dios, no seas pesada. Ya lo has oído, va a casa de Luna a buscar unos apuntes.

— A buscar unos apuntes, a buscar unos apuntes, siempre el mismo rollo. Invéntate otra cosa que eso ya está muy antiguo y no se lo cree nadie. ¿Por qué nunca tienes los apuntes mentirosa? ¿Por qué los tienen las demás y tú no? ¿Qué pasa, que mientras los demás toman apuntes tú estás charlando con tus amiguitas? Tanta fama de estudiosa, tanta fama de lista como tienes, ¿eh, carota?

La Nena continuó hablando mientras su madre y su hermana esperaban pacientemente a que se callara. Claudia continuó parada en la puerta de la habitación de su hermana, ligeramente apoyada en el quicio, ignorando sus palabras y aguardando las advertencias que a diario le hacía su madre.

—No tardes, hija, que se va a poner la noche fea —le recomendó en un momento dado haciendo caso omiso a las constantes protestas de la más pequeña de sus hijas.

—Mírala, oye, dice que se va y se va tan fresca —continuó refunfuñando.

—Vale, mamá, no tardo —dijo Claudia mientras caminaba por el pasillo a punto de llegar a la puerta.

—¿Vas andando?

—No, me acerco en un momento con la moto que la tengo en la calle y así tardo menos y a la vuelta la guardo en el patio.

—Ten cuidado hija y abrígate que hace frío —insistió Isa a quien la moto no terminaba de gustar.

—Y ponte el casco —gritó el padre que acababa de entrar en el cuarto de baño para darse una ducha. Hacía apenas unos minutos que había acabado su turno.

—Sí, pesados. Hasta luego.

—Adiós, hija.

Y esas fueron las últimas palabras que le escucharon. “Sí, pesados, hasta luego” y aunque pasaran mil años, esa voz seguiría sonando por el pasillo de su casa, envuelta en los visillos, suspendida en los cristalitos de las lámparas y enredada en los tallos de las flores.

Por supuesto La Nena siguió protestando aunque sabía que no serviría de nada pero el derecho al pataleo no se lo quitaba nadie. Reivindicativa al cien por cien.

—Eso, a ella adiós hija y a mí qué. Y ella, mírala, se va a la calle tan fresca y yo sigo plantada delante del libro sin poder

ir ni siquiera una chispita al patio, y mis amigos están todos jugando que los escucho desde aquí. ¿No te da penita verme encerrada estudiando toda la tarde y los demás jugando? Así no me puedo concentrar, además dentro de un rato se hace de noche y se van todos a sus casas y hoy he perdido todo el día.

— Chiquilla, no protestes tanto, termina de una vez y te vas, si eso es lo que yo quiero desde el primer momento. Sólo pretendo que acabemos cuanto antes y salgas a jugar. ¿Tú crees que me apetece estar aquí sentada toda la tarde contigo? Venga, Nena, date prisa en finalizar; anda, reina, si ya no te queda apenas nada. Venga, termina estos dos ejercicios y te vas un ratito.

Yo insistía en querer salir a jugar. Pum pum y pum pum...¡Santa paciencia la de mamá! El tiempo me ha hecho comprenderlo. Yo era pesada con ganas, lo admito.

Mientras yo protestaba, Claudia, tú bajabas las escaleras. Te imaginaba alegre, saltarina, casi al trote. Tus pisadas se unían al resto de ruidos de la tarde. Las puertas abiertas de los pisos dejaban escapar los sonos con los que se adorna lo cotidiano, los de las meriendas, de los magacines y novelas que sintonizaban en los televisores de los vecinos, de las duchas, de las cisternas y de las voces de las casas contiguas, hasta del cacao que tenían liado mis amigos en el patio. Todo se esparcía por la escalera sin detenerse apenas en los rellanos.

La vida en una comunidad tan pequeña como la nuestra tiene eso, que se conocen hasta los sonidos y los olores ajenos, el transistor de Jaime, el del primero, que el hombre está un poco sordo

y lo pone a todo volumen, el guiso de Manuela con ese aroma tan característico a vino y laurel, la máquina de coser de Lola... Todas las sensaciones escapaban y aún escapan por las puertas y quedan suspendidas en (todo) el hueco de la escalera, sólo al abrir el portal, la corriente de viento las suavizaba, como se aclara la garganta con una bocanada de aire fresco o un caramelo de menta.

Claudia bajó alegre y ligera los tres pisos, al trote, colocándose el chubasquero y tarareando la canción que momentos antes había estado escuchando muy bajito a través del ordenador. Llevaba el casco de la moto colgado del brazo izquierdo y dentro tintineaban las llaves. Sus zapatillas de deportes chirriaban al chocar contra unos peldaños que alguien, en su afán de demostrar su devoción por la limpieza, se había empeñado en pulimentar y encerar con el consiguiente peligro que eso suponía, sobre todo a la hora de bajar, más aún si se hacía con cierta prisa.

Al salir del portal sintió como se le pegaba el viento húmedo y frío en la cara. Era el primer frío del otoño, el que guardaba a la gente dentro de sus viviendas, como los osos en sus guaridas preparándose para el invierno. La primera intención de Claudia fue volverse, dar media vuelta y regresar a casita para sentarse en el salón, encender el brasero eléctrico, taparse hasta las orejas con el paño de la mesa camilla y ponerse un rato a ver la tele, o bien quedarse en su cuarto y meterse en el facebook a chatear con sus amigos. Guarecerse. Alejarse de los fríos.

“La primera intención es la buena” solía decir su abuela Eloísa cuando le asaltaba alguna duda y se planteaba dar media vuelta al tema. No, la primera intención es la que vale siempre que rectificar no fuera de sabios.